

Margaret McMillan

1914. De la paz a la guerra

Traducción de José Adrián Vitier. Madrid: Turner, 2013

Sabido es que los centenarios tienen el riesgo del oportunismo editorial, creándose en ocasiones una auténtica inflación de títulos sobre el tema de turno, publicados más en base a criterios oportunistas que atendiendo a la calidad de lo publicado. Afortunadamente, el libro que aquí comentamos no pertenece a esta categoría: Margaret MacMillan, prestigiosa historiadora de la Universidad de Oxford de origen canadiense que cuenta ya con algunas obras traducidas al castellano, nos ofrece con *1914. De la paz a la guerra* una voluminosa y documentadísima monografía, escrita -y traducida- con agilidad y de lectura siempre amena, en ocasiones incluso apasionante. No hay que dejar de destacar, por otra parte, que la obra cuenta con un importante apartado de ilustraciones, que incluye tanto una variada serie de fotografías como unos útiles mapas a diferentes escalas. Virtudes todas ellas que, seguramente, harán de esta obra un hito en la historiografía de la Primera Guerra Mundial.

Lo primero que hay que aclarar es que, como título y subtítulo nos indican, no nos encontramos ante una historia de la Gran Guerra: se trata precisamente de intentar explicar cómo llegó a estallar la conflagración, terminando el libro con los primeros disparos. Dicho de otra manera, este monumental trabajo nos permite adentrarnos en el complejo proceso que desembocó en conflicto bélico. Proceso que, como bien señala la autora, en absoluto fue inevitable: MacMillan lanza desde el principio una idea que atravesará la obra: “las fuerzas, los prejuicios, las instituciones y los conflictos son ciertamente factores importantes. Pero no tienen en cuenta a los individuos”, que, al fin y al cabo, fueron responsables de decidir si se iba o no se iba a la guerra. (p.24). Así, los actores clave fueron incapaces de dar la talla, como sí lo habían hecho en otras ocasiones durante las décadas anteriores. No podemos pues concluir que la guerra fue el fatal y predeterminado resultado de un camino unilineal, y menos en un contexto como el nuestro, que recuerda según la autora en muchos aspectos la situación de 1914. Así, según se nos dice, la pregunta clave a la que debemos

responder no sería por qué estalló la guerra, sino por qué no se prolongó el período de paz. Y apostilla al respecto: “La posible respuesta pasa por ver cómo se habían ido reduciendo las opciones de Europa en las décadas anteriores a 1914” (p.33).

Nos embarcamos así en una narración detalladísima de tal historia de reducción de opciones, que arranca en 1900, en un ambiente relativamente feliz y confiado en la irreversibilidad del progreso y de una racionalidad que se extendía al conjunto de campos de la sociedad, y que parecía hacer retroceder las pasadas tensiones provocadas por el imperialismo decimonónico. Con escritura vigorosa se nos detallan las personalidades de los grandes líderes europeos, sin dejar de señalar sus rasgos psicológicos e incluso físicos, los complicadísimos juegos de alianzas, intrigas y contraalianzas, los giros históricos de potencias como Gran Bretaña o Francia, la compleja y más o menos vacilante formación de las dos grandes líneas de enfrentamiento: la Triple Entente (Gran Bretaña, Francia, y una Rusia que, a priori, parecía más destinada a entenderse con potencias autocráticas que con países más democratizados) y la Triple Alianza (Alemania, el decadente Imperio austrohúngaro y una Italia tan dubitativa que al final no sólo no acudió en defensa de sus aliados, sino que, cuando acabó interviniendo en la guerra, lo hizo en el bando opuesto); sin olvidar el papel de las potencias decadentes (el Imperio turco) y las emergentes (Estados Unidos y Japón). Se aquilata además con detalle y con sutileza, huyendo siempre de cualquier generalización fácil, los afianzamientos de los nacionalismos, el desarrollo del militarismo (común a toda Europa, aunque especialmente extendido en Alemania), el nacimiento de una opinión pública, y el surgimiento y desarrollo, más o menos fuerte según los países, de los movimientos pacifistas, sin olvidar las posiciones encontradas de los socialistas (que acabarían acogidos mayoritariamente a la causa nacionalista, frente al internacionalismo nominalmente propugnado). Aunque, hay que insistir, el grueso de la narración se localiza en cancillerías, embajadas y gabinetes ministeriales, no se deja de presentar jugosos capítulos sobre las esperanzas, miedos y prejuicios que dominaban el mundo de las ideas europeo. Aquí, hay que destacar el grado de aceptación de la idea de la guerra como regeneradora de los males de la sociedad moderna, que atrapó a tantos intelectuales, lo que venía a reforzar las tradiciones belicistas heredadas de tiempos pasados (nos encontramos en una época que alumbró al mundo moderno, pero en la que no ha dejado de importar “la persistencia y la fuerza de las viejas formas de pensar y de ser”, como sería el caso del honor, cuya importancia ha adquirido ahora una dimensión nacional). En este punto, y teniendo en cuenta la ambición de exhaustividad del libro, habría

quizás que objetarle a MacMillan la ausencia de dos referencias fundamentales: la monografía de Arno Mayer (1997) sobre *La persistencia del Antiguo Régimen* (imprescindible para entender los lastres del pasado), y la audaz monografía de Eksteins (1989) sobre los vínculos entre modernidad artística y guerra (las “vanguardias” usaban, al fin y al cabo, un vocabulario militar desde su misma autodefinición). Detalles menores, en todo caso, y que no podrían contradecir en absoluto el finísimo hilo argumental de la autora.

Sintetizando al máximo una obra de esta envergadura, podríamos resumir una serie de puntos de inflexión que reducen las opciones para mantener la paz: en primer lugar, destacaría la decisión francesa de buscar alianzas con Rusia frente a Alemania; en segundo, la decisión de Alemania de iniciar una carrera armamentística naval contra una Gran Bretaña que había sido históricamente la detentadora de la hegemonía marítima; la decisión de Gran Bretaña de mejorar sus relaciones con Francia (enemigo histórico de carácter secular) y Rusia; y, finalmente, la sucesión de crisis internacionales que estuvieron a punto de desembocar en grandes conflagraciones: Marruecos, Bosnia y primeras guerras balcánicas. Aun así, se insiste una y otra vez, la minoría de políticos, monarcas y generales que llevaron a la guerra pudieron optar, hasta el último momento, por el sí o por el no. No podemos, pues, “minimizar la importancia de las personalidades individuales” (p.34), y debemos, además, ponderar adecuadamente el papel las negligencias y del azar en la historia.

Llegados a este punto hay que decir que el libro no deja de plantear problemas, algunos de no poca envergadura. En primer lugar, podríamos plantearnos si la pregunta que lo guía (“¿por qué fracasó la paz?”), está del todo bien planteada, o incluso si es tan evidente. Porque realmente, al leer *1914* vemos que la posibilidad de la guerra como modalidad específica de acción social dista de ser algo lejano al repertorio de oportunidades de los actores; más bien al contrario, podríamos decir que está omnipresente: a lo largo de la carrera armamentística emprendida por todas las potencias, en los discursos políticos, en los correos confidenciales, en la prensa creadora de opinión, en las ideas de los intelectuales, etc. El período anterior a 1914 es de paz, pero una paz en la que todos los estados compiten por ser los mejor preparados en una guerra que está en un horizonte compartido. Y si en crisis anteriores ésta no acabó estallando no fue tanto por la imposición de esa especie de sentido común inmanente, en el que parece creer la autora, sino por el miedo de todos los protagonistas a ser aniquilados, o al menos derrotados, por el adversario. Desde esta perspectiva, MacMillan, involuntariamente, participa del mito del progreso que tan bien describe en el primer capítulo, en el sentido de que la guerra sería un residuo del pasado

superado por una modernidad pacificadora. Bien cierto es que en la formación de este gran relato la sociología ha jugado un papel importante (de ahí el escaso desarrollo de una sociología de la guerra), pero la verdad, ateniéndonos a los hechos, es que, como afirma Hans Joas, pese al “sueño de una modernidad sin violencia”, la guerra forma parte de la historia de ésta, “y no sólo de su prehistoria” (2005: 65), hasta el punto de que se la ha podido definir como “la cara oculta de la modernidad” (Tiryakian 2004), y como un mecanismo de resolución de conflictos cuya importancia no tiene visos de disminuir (Welzer 2010).

Así, cabe afirmar que el detalladísimo relato que nos ofrece nuestra historiadora se podría entender mejor desde la perspectiva que Nobert Elias (1988) nos ofreció en su día acerca de la dinámica de las “guerras eliminatorias”; ese “*furor hegemonialis*” o lucha hegemónica que, históricamente, los Estados (o unidades organizativas preestatales) han utilizado para intentar deshacerse de sus competidores y que suele desembocar, antes o después, en la dinámica de la violencia interestatal, por miedo a la subordinación o al exterminio a manos del enemigo. Y lo curioso es que MacMillan aporta numerosos textos que apuntan en esa dirección, como cuando habla, en diversas ocasiones, de la extensión de una visión darwinista de la historia que hace de la guerra una lucha necesaria para la supervivencia, o cuando afirma que estadistas y generales fueron prisioneros de la angustia “de quedarse atrás en un mundo de enemigos que no cesaban de acrecentar sus fuerzas” (p. 636). Podríamos multiplicar los ejemplos en este sentido, como cuando se nos cuentan los cálculos alemanes de la necesidad de atacar en el momento en que lo hicieron, pues en 1917 se veían ya incapaces de vencer a Rusia, teniendo en cuenta la dinámica creciente de su ejército (p. 638). Añadiremos que la lectura del maestro alemán podría incluso haber servido a la historiadora canadiense para haber visto que la específica estrategia de Inglaterra de no dejar a ninguna potencia la hegemonía sobre el continente obedecía a una lógica secular; como podría haber servido para explicar que la actitud de los estados balcánicos obedece a un fenómeno recurrente de alineamientos entre potencias menores y grandes potencias. En cuanto a los frecuentes errores de cálculo aducidos por la autora a lo largo de todo el libro (la idea de que la guerra sería rápida está extendida entre todos los contendientes), resulta difícil resistirse a reproducir un esclarecedor párrafo del citado sociólogo:

Cuando miramos hoy hacia esa época anterior a la Primera Guerra Mundial, obtenemos una imagen particularmente impresionante de lo difícil que suele

ser siempre para gobernantes y súbditos que envueltos en el cálido manto de su mito nacional, avanzan hacia la guerra, hacerse una idea realista del posible curso de la guerra y de las propias posibilidades de victoria (Elias, 1988: 38-39).

Por otra parte, podemos decir que la ausencia de cualquier atisbo de conversación con la teoría social es una constante en el libro. Sin embargo, eso ni significa que éste no nos sitúe ante algunos problemas teóricos recurrentes, complejos y nunca del todo resueltos, pero a los que no podemos sustraernos. En primer lugar, encontramos el de la causalidad en historia. Aquí hay que decir, en primer lugar, que *1914* aparece en un momento histórico e historiográfico bien determinado. Así, el auge de la historia narrativa, preconizada por Stone a finales de los setenta (1979), ha venido a centrarse en los acontecimientos a corto plazo y el papel de los individuos, en detrimento de las “causas profundas” y los determinantes estructurales propugnados, desde perspectivas distintas, durante las décadas anteriores por la historiografía marxista y la escuela de *Annales*. Y si bien es cierto que esta corriente historiográfica –que, por cierto, nunca perdió del todo su importancia en los países de habla anglosajona-, ha venido a poner de relieve el carácter indeterminado y abierto de los procesos sociales, no lo es menos que lo ha hecho poniendo de nuevo el foco de atención predominantemente en el papel de los grandes hombres y la historia política, diplomática y militar; en definitiva, en la historia de “acontecimientos” tan denostada por la historiografía francesa desde los años treinta de la pasada centuria. La erosión de las certezas objetivistas, común a todas las ciencias sociales, ha afectado pues de manera especial a la historia, lo que ha supuesto en gran medida el regreso a viejas maneras de practicar la disciplina.

Esto nos lleva a un viejo problema en ciencias sociales: el de la estructura y la acción, que en historia se trasmuta frecuentemente en el papel de los grandes hombres (rara vez serán mujeres) en los procesos históricos. Al respecto, y aunque resulta sumamente meritorio el relato ofrecido de la reducción de oportunidades para la paz, la responsabilidad final del resultado del proceso como voluntad de unos políticos incompetentes no deja de plantear interrogantes. Bien cierto es que la contingencia y las decisiones de los actores han quedado frecuentemente fuera del campo de visión de una historiografía sobre la guerra que apilaba sobre la balanza causas determinantes hasta que estas hacían caer el conflicto del lado de lo inevitable. Pero no lo es menos que si el problema se reduce al final a líderes incompetentes, estamos pasando de las interpretaciones de la guerra basadas en la fatalidad a una explicación basada en

la negligencia de los actores. Y no se trata de que esto sea falso, pero es a todas luces insuficiente; en la actualidad, sin ir más lejos, sufrimos a gobernantes de una incompetencia que sería cómica si la situación no fuese tan dramática, pero ¿acaso sus políticas se explican por su estupidez? ¿No hay intereses bien definidos y relaciones de fuerza tremendamente desiguales detrás de las mismas?

Evidentemente, en tanto que decisión política, la guerra podía haberse evitado, pero no es menos cierto que los gobernantes que decidieron ir a la guerra no decidieron solos, sino insertos en un entramado de interdependencias que supone relaciones de fuerzas no sólo entre estados, sino también en el interior de cada uno de éstos. Así, podemos plantearnos, por ejemplo, si a los gobernantes les hubiera sido tan fácil ir a la guerra si el movimiento pacifista hubiera sido más fuerte, si los socialistas no hubieran votado los presupuestos bélicos, o si, sencillamente, una ciudadanía europea todavía incipiente hubiese tenido un mayor control democrático sobre sus gobiernos. Plantear el papel de los “individuos” (entendidos siempre como grandes líderes políticos, además) es pues poco realista, al menos para quienes pensamos que la dicotomía individuo-sociedad es falsa.

Al respecto, hay que añadir que aunque nuestra historiadora alude con frecuencia a la opinión pública de los distintos países, a los desarrollos del pacifismo, a las huelgas y a los movimientos revolucionarios, el verdadero sujeto de la historia está en los estados mayores y los ministerios, como si las emergentes masas fuesen meros receptores pasivos de los designios de sus gobernantes. Resulta al respecto significativo el tratamiento de Lenin o Trotski como “revolucionarios extremistas” que “pretendían aplastar a la sociedad rusa” (p. 234), o esa alusión a “un sector del feminismo radical vociferante” que venía a complicar, en Inglaterra, la situación creada por las luchas obreras (p. 620).

Por otra parte, MacMillan insiste, atinadamente, en el papel del nacionalismo, pero parece olvidar un punto de crucial importancia, que ha sido señalado por Antoine Prost: al llegar 1914 el Estado-nación ha alcanzado sobradamente el grado de legitimación necesario para movilizar a los ciudadanos al margen de sus convencimientos y sus posibles dudas, que podían ir mucho más allá del ciego abrazo a una causa (2013: 46), lo que nos permite comprender mejor esa afirmación de que, “a pesar del posterior mito nacionalista de que el entusiasmo patriótico experimentó un enorme auge cuando la guerra se hizo realidad, parece que el ánimo popular fue más de resignación que otra cosa” (p. 725). Y también llama la atención, aquí, la ausencia, entre la abundante bibliografía citada, del clásico estudio de Marc Ferro (1970), quien ya en los años sesenta distinguía las

distintas y respectivas percepciones colectivas del enemigo, profundamente arraigadas “en lo más profundo de las conciencias de los pueblos”, que venían a complementar los imperialismos estatales rivales, superponiéndose a los mismos (ver capítulo 2). Así, podemos ver en la Gran Guerra la culminación del modelo estatal-nacional iniciado en el siglo XIX, con una mayor profundidad histórica de la que plantea el excesivamente corto plazo del libro.

Cabe advertir que para MacMillan la historia es una disciplina que dista de tener anclajes científicos sólidos: en definitiva, “los historiadores (...) no son científicos”, afirma explícitamente en otro lugar (2010: 48). Lo que importa es contar bien la historia, y hay que reconocer que esto lo hace con maestría; el problema es que no parece capaz (tampoco lo pretende) de ir más allá de la narración. Es más, la narración que nos presenta es, hay que insistir, apasionante. Pero esto también plantea problemas: por ejemplo, no podemos entender qué aporta a la comprensión histórica del proceso conducente a la guerra el hecho de que Balfour fuese “apuesto, inteligente y encantador”, ni que tuviese el corazón roto por una desgracia amorosa (p. 86); que Delcassé fuese “bajito” y “poco agraciado” (p. 214); que el zar Nicolás, fuese, por el contrario, “delgado, buen mozo y con ojos azules” (p. 241); o que el káiser alemán fuese un patán capaz de tentarle las nalgas en público al rey de Bélgica (p. 110). No se piense que se trata de casos aislados, pues el libro está completamente trufado de este tipo de anécdotas que, si bien pueden hacer sonreír al lector, no aportan nada a la comprensión de la gran pregunta que se plantea (el porqué del fracaso de la paz y cómo se redujeron sus opciones). Esa historia desestructurada que Elias (1982) reprochaba a los historiadores (¡refiriéndose a Ranke!) ha vuelto con fuerza, pues, de las manos del relato, por muy bien escrito que esté. Y ante esto no podemos menos que recordar a Lucien Febvre, quien, refiriéndose en 1948 a la “historia historizante”, centrada exclusivamente en los acontecimientos políticos, que desproblematizaba los temas y rehuía la teoría, hablaba de “una forma de hacer historia que no es la nuestra” (1986: 175-181). Posiblemente, el maestro francés hubiera dicho lo mismo, casi seis décadas después, de esta magna monografía, que nos permite saber mucho de un período que acabó en guerra, pero no nos dice nada acerca de lo que ésta significa en sociedades contemporáneas.

No se pretende, con lo dicho, restar méritos a una obra impresionante. El libro de MacMillan constituye, por su erudición y riqueza de matices, una espléndida aproximación a las causas de la Primera Guerra Mundial, y la lectura de sus más de ochocientas páginas resulta absolutamente recomendable. Pero también es un indicador de los rumbos de un importante sector de la historiografía, que busca

deliberadamente eludir el diálogo con las ciencias sociales, desde el convencimiento de que la historia no tiene cabida dentro de éstas. Una forma de hacer historia, pues, que no es la nuestra, y que dista de satisfacerlos. Aunque a veces, como en este caso, no podamos, ni debamos, permitirnos el lujo de ignorarla.

BIBLIOGRAFÍA

- EKSTEINS, M. (1989): *Rites of Spring: The Great War and the Birth of the Modern Age*, Boston, Houghton Mifflin
- ELIAS, N. (1982 [1969]): *La sociedad cortesana*, México, FCE.
- ELIAS, N. (1988): *Humana conditio. Consideraciones en torno a la evolución de la humanidad*, Barcelona, Península.
- FEBVRE, L. (1986 [1953]): *Combates por la historia*, Barcelona, Plantea-Agostini.
- FERRO, M. (1970 [1969]): *La Gran Guerra, 1914-1918*, Madrid, Alianza.
- JOAS, H. (2005): *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*, Barcelona, Paidós.
- MACMILLAN, M. (2010): *Juegos peligrosos. Usos y abusos de la historia*, Barcelona, Ariel.
- MAYER, A.J. (1997): *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Altaya.
- PROST, A. (2013): “Conmemorar sin travestir. La guerra de 1914-1918 como gran acontecimiento”, *Pasajes de Pensamiento Contemporáneo*, 43, pp. 40-49.
- STONE, L. (1979): “The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History”, *Past & Present*, 85, pp. 3-24.
- TIRYAKIAN, E.A. (2004): “La guerra: la cara oculta de la modernidad”, en J. Beriain (ed.), *Modernidad y violencia colectiva*, Madrid, CIS, pp.63-78.
- WELZER, H. (2010): *Guerras climáticas. Por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI*, Buenos Aires, Katz.

Pedro García Pilán
Universitat de València